

Comentario al 6º domingo del Tiempo Ordinario, B.

En los tiempos bíblicos, los enfermos de lepra debían vivir solos, fuera del campamento (Lev 1, 46). En el Evangelio, Jesús aparece tocando a un leproso, y desde ese momento forma parte de los que no pueden entrar abiertamente en ningún pueblo; por eso se quedaba fuera, en descampado (Mc 1, 44-45).



Ante las figuras que nos sugieren las lecturas de este domingo, podríamos imaginar la situación social de aquellos a los que se consideraba personas al margen de la sociedad, despreciadas por su enfermedad y dolencia. He conocido muy de cerca a enfermos de lepra, por haber nacido en Trillo, donde se instaló el sanatorio nacional para esta dolencia y el recelo que imponían en un primer momento.

Cabe ampliar el mundo de los excluidos. Será bueno preguntarnos hasta qué extremos nosotros también tenemos nuestros prejuicios morales o ideológicos que nos llevan a despreciar e ignorar a los que nos parecen o juzgamos diferentes e incluso a prescindir de ellos. Jesús ha atravesado la frontera de lo que se tenía por conveniente y ha llegado a ponerse del lado de los despreciados. Él mismo ha sufrido el rechazo y marginación, hasta el extremo de morir como un proscrito.

No te quedes sólo en la consideración histórica o social de la marginalidad. Jesús desea llegar hasta tus zonas más íntimas, a las que es posible que también desprecies. Él alarga su mano compasiva, desea curar y sanar todas tus dolencias y sacarte de todos tus complejos y resentimientos.

Haz un momento de introspección. Quédate contemplando el gesto de Jesús con el leproso. Y, en vez de dar rienda a la imaginación recorriendo las marginalidades de los demás, personaliza los pasajes que hoy se nos proponen. El salmista manifiesta: “Confesaré al señor mi culpa y tú perdonaste mi culpa y mi pecado” (Sal 31).

- Jesús es capaz de iluminar tu oscuridad. Él es la luz.
- Jesús tiene poder para perdonar tu pecado. Él es el hijo de Dios.
- Jesús te ofrece curar tus heridas. Él ha venido a curar, a perdonar, a salvar.
- Jesús puede reconciliar tu historia. El Crucificado es el Amado de Dios.
- Jesús reconvierte todo en motivo de salvación. Escucha las Bienaventuranzas.
- Jesús alarga su mano y purifica todas tus debilidades. El es Buen Pastor.
- Jesús se solidariza con todas tus pobrezaas. “Venid, benditos de mi Padre”.
- Jesús te devuelve la alegría a pesar de aquello que te avergüenza. Un día dijo a la mujer pecadora: “Yo tampoco te condeno”.
- Jesús se compadece de tu postración. Contempla su relación con el publicano.
- Jesús siente ternura ante tu menesterosidad. Recuerda las parábolas llamadas autorretratos de Jesús: la del hijo pródigo, la del buen samaritano, la del buen pastor.
- Jesús te llama a ser del grupo de sus amigos. No importa tu fragilidad, Él puede más.
- Jesús apuesta por ti. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos: Vosotros sois mis amigos”.

Si aceptas el ofrecimiento de Jesús, te puedes convertir en prolongador de su bondad. San Pablo afirma: “Yo, por mi parte, procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propio bien, sino el de la mayoría, para que se salven. Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo” (1 Cor 11, 1).

Angel Moreno

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/comentario-al-6-domingo-del-tiempo-ordinario-b